

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 16 DE FEBRERO DE 1851.

N.º 154.



Ayer se ha publicado en Cádiz el original de la *Historia de los protestantes españoles y de su persecucion por Felipe II*. Por una circunstancia especial é inevitable la traduccion inglesa de esta obra ha visto en Londres la luz pública en el mes de enero con este titulo, *The Spanish Protestants and their persecution by Philip II, a historical work by señor don Adolfo de Castro, translated from the original Spanish by Thomas Parker*. La redaccion de LA TERTULIA nada puede decir por si misma con respecto á esta obra. Pero no está imposibilitada de publicar en sus columnas el siguiente artículo, de un sugeto tan ventajosamente conocido por su ilustracion y talento, como es el señor don José María de la Torre.

Dice así el artículo mencionado:

Historia de los protestantes españoles y de su persecucion por Felipe II.

Obra original por el señor don Adolfo de Castro.—Cádiz 1851.

La historia debe ser á manera de un espejo, que exactamente refleje á los personajes de todos los tiempos, pero con tal virtud que mas bien que las imágenes nos retrate las acciones. La ciencia histórica está fundada en el estudio del corazon del hombre. Sin embargo, no es dado á un hombre solo escribir la historia completa de la humani-

dad: puede ser únicamente un compilador. Los siglos pasan, las generaciones se multiplican, la humanidad está dividida en razas y subdividida en naciones y pueblos, y aquí la necesidad de escribir historias parciales, ya de un siglo, ya de un reinado, ya de un individuo. Mas como sea la verdad el carácter distintivo de la historia, soy de sentir que las historias contemporáneas adolecen por lo comun de un mal hasta cierto punto inevitable: el agradecimiento, la lisonja, el interés, el amor, el ódio y la venganza son pasiones que sacrifican la verdad histórica, especialmente tratándose de un conquistador ó de un monarca muy poderoso. La historia, pues, de estos colosos que han dominado gran parte de la tierra es menester escribirla en siglos posteriores, recogiendo con profunda erudicion todos los libros y escritos que han hablado de ellos, sin perder jamás de vista el puesto que han ocupado sus autores, sus caracteres, las circunstancias que los han rodeado, y finalmente sus virtudes ó sus vicios. No basta ser erudito para escribir un buen libro histórico: es menester que su autor sea tambien filósofo, porque del conocimiento de los autores que le han precedido, de las doctrinas que estos han propalado y de los hechos que han referido tiene que deducir la verdad histórica, con aquel sello de imparcialidad que demanda para ser creida y acatada por los siglos posteriores.

El señor don Adolfo de Castro, jóven gaditano, editor de EL BUSCAPIE de Cervantes, publicado con notas eruditas, autor de la *Historia de los judios en España* y de otras obras históricas y literarias, acaba de dar á la estampa una obra intitulada *Historia de*

los protestantes españoles y de su persecucion por Felipe II. La reputacion literaria de que goza el señor Castro dentro y fuera de España en la corta edad que cuenta, hacia esperar que su última produccion fuera recibida del público con el aplauso a que es acreedor el verdadero mérito; y es tal la importancia de este libro, que ya se ha publicado en Inglaterra su traduccion, debida á la pluma de Mr. Tomas Parker. Pero ya es tiempo de que entremos en algunas consideraciones acerca del objeto y del desempeño de esta obra.

El señor Castro ha querido hacer la pintura del siglo XVI en España durante el reinado de Felipe II. En este siglo desventurado, en que por una de aquellas maravillas, ajenas de este lugar, brillaba la literatura en nuestra patria al resplandor de las hogueras inquisitoriales, es cierto que no opriuió á España el yugo sangriento de una guerra civil, y que se conservó la unidad religiosa. Estos son, en resumen, los dos poderosos argumentos con que los historiadores españoles de Felipe II, tanto antiguos como modernos, tratan de probar á las generaciones la justicia con que le renombraron Felipe el Prudente. Oigamos ahora la respuesta que dá el señor Castro en el último libro de su obra: habla el autor:

«Pero la mala paz con que Felipe opriuió á los españoles, trajo á estos reinos todas las infelicidades de una guerra civil. El hermano se armó contra el hermano, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre. Las armas no eran la lanza, ni la espada, y ni el campo, ni los montes, ni los muros de las ciudades los sitios de las batallas, sino el Santo Oficio por medio de ocultas delaciones. La humanidad huyó de España cubierto el rostro de dolor y de ignominia. Los ricos caian en miseria fatigados por los impuestos: sus haciendas no eran presa de enemigos que las talaban á sangre y fuego, sino de..... (individuos) que sirviéndose de la violencia que dá la castucia y la hipocresía, con capa de virtud se enseñoreaban de ellas: cubrian estos de perpétua mancuella la honra de los mortales..... Les ciencias perecieron á manos de la mas bárbara ignorancia, acompañada de las tinieblas de los errores: los pue-

«blos se veian maltratados por leyes atroces ó inhumanas, puestas en ejecucion por magistrados mas inhumanos y atroces que las mismas leyes: los vicios infamaban á los que fueron vencidos por el miedo con que los malos ejercitaban las fuerzas de su poder, inicuamente adquirido y mas inicua-mente conservado. Letras, valor, prosperidad y virtud se convirtieron en lamentables despojos de la cólera de aquellos que se habian declarado enemigos de la libertad del pensamiento en nuestra patria.»

Esta pintura, tan deplorable en el fondo como elocuente en la forma, es una parte de la brillante y vigo rosa recapitulacion de la obra del señor Castro. Veamos ahora como contesta al segundo argumento:

«Si el deseo de este monarca (Felipe II) era mantener en sus estados la unidad religiosa, pudo servirse de medios mas humanos. Y si creyó útil la tiranía de las conciencias y la esclavitud del pensamiento, ejemplos mejores tuvo para destruir á los que seguian en España la reforma, y para manifestarse al mundo con menos aparato de crueldad, y con la misma firmeza de ánimo.

«El perpétuo destierro de los que consideraba delincuentes en materias de fé, ó de las penitencias no tan rigorosas que impuso el Santo Oficio de la Inquisicion á aquellos eclesiásticos y seglares que se llamaban alumbrados, hubieran sido remedios de igual eficacia para conseguir los mismos fines.

«Bien sé que al llegar aquí exclamarán muchos que Felipe II al destruir á los hereges se sirvió de las leyes establecidas, y de un tribunal constituido al efecto en otros reinados. Pero cuando las leyes son iníquas, y mas iníquas aun los jueces, los castigos merecen tambien el nombre de iniquidades..... Los que llaman á Felipe II recto y constante defensor de las leyes contra los hereges, no tienen derecho para acusar de crueles á Domiciano y á los demas emperadores que sangrienta y pertinazmente quisieron esterminar á los parciales del cristianismo, pues estos monarcas tan solo acataron el ejemplo que les habia dado el infame hijo de la orgullosa Agripina.»

Y añáde en otro parage:

«Felipe II levantó el suntuoso monasterio del Escorial, para que sirviese de panteon á nuestros reyes y á nuestros principes. Justo fué que para sus sucesores labrase un mausoleo, quien ya habia abierto la tumba en que se sepultó la grandeza y poderio de la opulenta España.»

Estos juicios históricos se prueban en el discurso de la obra del señor Castro con una vasta erudicion.

Pero los historiadores de Felipe II, de este monarca que encerraba juntamente hipocresia y miedo en el alma, ódio y ferocidad en el corazon, al paso que se muestran celosos defensores de sus mandatos y de sus acciones, descargan su injusta saña sobre la cabeza del desgraciado príncipe don Carlos, su hijo primogénito, acusándole de incestuoso y traidor á su padre. Hé aquí el hermoso campo á donde la erudicion del señor Castro retá á los detractores de este desventurado y augusto mancebo. El señor Castro, á fuer de historiador filósofo, ha pesado y medido las circunstancias de los historiadores contemporáneos de Felipe II, y pareciéndole interesada y sospechosa su conducta, ha procurado beber en fuentes mas puras. Animado de un sentimiento generoso, que tal vez será uno de sus mayores timbres para la posteridad, ha registrado bibliotecas con infatigable constancia, y por fruto de sus desvelos ha recogido numerosas pruebas, en favor del príncipe don Carlos, de otros autores tambien contemporáneos, que sembraron sus escritos con ellas al tratar de otras materias. Este juicio desapasionado y recto en hombres que se hallaban fuera de la atmósfera de la lisonja y del ódio, estas luces que han venido á derramarse sobre la memoria de un príncipe condenado á la execracion por todos los historiadores, si bien muy digno de mejor suerte, le han formado una aureola de gloria, debida al jóven autor de este libro. El primogénito de Felipe II de hoy mas, se ha rehabilitado para las edades presente y futura, merced al sentimiento generoso, á la erudicion y á los esfuerzos del ilustre autor gaditano. Estaba reservado á un jóven de la capacidad del señor Castro rasgar con mano vigorosa el denso velo que hasta nuestros dias habia ocultado

la inocencia de un hijo infeliz, tambien muy jóven, víctima de la supersticion y tiranía de su padre y de sus bárbaros consejeros. Pero es tal el imperio de la verdad, que semejante á la naturaleza, se ofrece tanto mas brillante cuanto mayores las sombras que la han oscurecido; y nótese, porque es circunstancia muy digna de atencion, que en todo el discurso de su obra se ha valido el señor Castro solamente del testimonio de autores españoles.

El autor de este libro, ajustado á la verdad histórica, defensor de la razon y la justicia, ha manifestado su tolerancia para con los protestantes españoles, porque no solo eran españoles, sino que componian parte de la gran familia del género humano; y no se diga que ha pretendido dominar el siglo XVI á la altura del siglo XIX: no se diga que los adelantos de la libertad política le han hecho considerar el fanatismo de aquel siglo como feroz y sanguinario, porque el señor Castro, con un criterio muy superior á su edad, ha sabido prepararse para destruir esta objecion. El autor de esta obra cita en ella nombres ilustres de varones eminentes en virtud y en saber que florecieron en el siglo XVI; católicos nada sospechosos, tanto eclesiásticos como seglares, que clamaban por la reforma del clero de su tiempo, y anhelaban juntamente que la tolerancia penetrase en el Santo Oficio; que la conviccion atrajese á los hereges á la fé; que la verdadera luz del Evangelio, como el sol á las estrellas, apagase el rojizo resplandor de las hogueras semi-humanas.

Poco tengo que decir del desempeño literario de la *Historia de los protestantes españoles*. El lenguaje esmerado y castizo de su autor es harto estimado del público conoecedor del verdadero mérito, para que necesite de mi pobre elogio. En estos tiempos de corrupcion del habla castellana: en estos tiempos en que dominan las ideas buenas y malas sin curarse de la forma ni de la expresion, el lenguaje del señor Castro es una de las columnas del buen gusto, y nos revive, para justa fama suya, el sabor clásico de nuestra buena literatura. Su estilo en esta obra es mucho mas vigoroso, mas espontáneo que el que ha empleado en sus escritos anteriores; y este vigor y esta es-

pontaneidad que van en aumento en el discurso de toda ella, no solo es una mejora de que puede lisonjearse el señor Castro, mas tambien es una prueba irrefragable de su convencimiento y de la conciencia literaria que se la ha dictado.

Creo haber leído en las Memorias que Antonio Perez publicó en Paris, cuando cayó en desgracia de su soberano, que este hombre de estado deploraba que no hubiera entonces un Tácito que pintase con vivos colores el Tiberio español. Los deseos del ministro de Felipe II se han cumplido ya para honra del señor Castro y lustre de nuestra literatura contemporánea, pues que de su libro puede decirse lo que Pitágoras do su deidad misterioriosa: *Tiene un cuerpo como de luz y un alma como de verdad.*

Cádiz y febrero de 1851.

JOSE MARIA DE LA TORRE.

Médicos en California.

Hemos leído en un periódico de medicina la siguiente noticia, referente á otro que se publica en los Estados-Unidos.

Actualmente páganse los honorarios al médico en California del modo siguiente:

Por cada visita de médico, haciéndola de día, 80 francos, de noche, de 150 á 200 francos.

Por una consulta 500 francos. Un informe medio legal tiene la estima de 750 francos.

La asistencia á un parto laborioso 1500 francos, mas si es ó se le hace dificultoso, asciende el honorario á 2500.

La operacion de la Lithotomia, de 2500 á 5000 francos. La del Cateterismo, de 500 á 1000 francos.

El practicar la autopsia á voluntad de los parientes cuesta 2500 francos.

La amputacion de una pierna ó brazo 1500 francos.

El operar una hernia estrangulada, de 2500 á 5000 francos.

De lo dicho se deduce que no deben aquí en adelante tener escusa los médicos, muy especialmente los de nuevo cuño, los jovencitos, para quedarse en las poblaciones aumentando de dia en dia el largo catálogo de sus desocupados compañeros, soñando en el venidero crédito, en la futura clientela que ha de hacerle prosperar é igualarlos en fortuna á los que la deben, no solo un buen número de años de ejercicio de profesion, sino á una grande actividad, viajes, trabajos, peligros &c. en los primeros años de la carrera. Animense, pues, y vayan preparándose para el viaje á la California, que allí es mas fácil ser útil y prosperar, que no por aquí, donde en nada se estiman lo que mucho valga.

Fiesta religiosa.

En Jerez de la Frontera se ha estrenado un altar mayor y un órgano en la iglesia de San-Agustin el último domingo.

Desde aquella ciudad nos remiten para insercion el soneto que fué repartido en la iglesia, y las aleluyas que se arrojaron del alto del coro sobre los fieles que concurrieron al acto.

Todas estas composiciones son originales del acreditado poeta antequerano don Juan Capitan.

Al estreno del altar mayor y del órgano en la iglesia de San-Agustin de esta ciudad.

SONETO.

Quando eriges ¡oh siglo descreído!
En los templos escénicos lugares,

Y trocada por lúbricos cantares
El arpa de Sion yace en olvido:

Admira al pueblo fiel, allí rendido
Entre hosanas, antorchas y azahares,
Dar rubor á tus necios Baltasares
Con la cena y el cáliz del Ungido.

Ho, pues, las nuevas aras ostentosas
Y el órgano de altisona armonía,
Que al cimborio en sus bases estremeco.

Obras son de piedad, mas poderosas
Que tu palanca destructora, impia!...
¡Es la voz de Agustín que te enmudece.

—o—

Mas que en los bronce grabado
Quede tan hermoso día
En el corazón guardado
De los que en obra tan pia
El óbolo han impensado.

—o—

Si es terrible este lugar,
Tambien es puerta del cielo
Abierta de par en par,
Al que viene con anhelo
Sus lágrimas á enjugar.

—o—

En el templo de Agustino
El incienso dando olores
Suba un denso remolino
Por entre luces y flores
Hasta el Salomón divino.

—o—

Postrémonos á adorar
Con fé viva el holocausto,
Que en ese precioso altar
Dó brilla nobleza y fausto,
Va el sacerdote á ianolar.

—o—

De la esfera luminosa
Baja, para nuestro bien,
Ornada como una esposa
La nueva Jerusalem
A mansion hoy tan gloriosa.

—o—

Los ecos del orador
(Que del mismo claustro es)
Aviven nuestro fervor,
Y esciten el interés
Por la casa del Señor.

TEATRO PRINCIPAL.

La novedad teatral de la semana ha sido el *Coradino*, siquiera sea para muchas personas una antigüedad. Con gran ánsia era esperada esta ópera por los diletanti, y grandes esperanzas habian estos concebido de su ejecucion. No todos han quedado satisfechos, pero cúlpense á ellos propios que aguardaran mas de lo que era de esperar. Primeramente la música del *Coradino*, no obstante su gran mérito, no es del gusto del día, como no son ya la mayor parte de las óperas de Rossini, pues la energia y entonacion de la música de los maestros modernos hace parecer aquellas lánguidas y, aun frias. En segundo lugar, no acostumbrados los cantantes de esta época á piezas de gran ejecucion, como las muchas que se encuentran en el *Coradino*, sus gargantas no se hallan muy espoditas, y hasta la voz parece que se disminuye. Y asi es que no obstante lo bien que cantó la señora Rossi-Caccia, quien supo ademas caracterizar perfectamente el papel de Matilde, parecia que habia perdido algo de su voz las noches que trabajó en el *Coradino*. Esto no impidió que fuese justamente aplaudida en varias piezas, especialmente en el duo de tiple y tenor del segundo acto, y en el aria final del tercero, concluida la cual fué llamada la primera noche á la escena, y el no serlo en la segunda prueba que el auditorio no apetece que se repita mucho esta ópera. En cuanto á la parte cómica nada hubo que pedir á la prima donna, cuyos finos, elegantes y graciosos modales, asi como su espresiva gesticulacion, cautivan la atencion del público, que admira á la actriz tanto como á la cantante. Es imposible saberse acomodar mejor

que la señora Rossi al papel que representa. No parecía la misma persona la que ejecutaba el de Matilde en el *Coradino*, que la que pocos días antes había desempeñado el de Lucrecia. En esta ópera aparecía la gran trágica, en aquella la eminente cómica: en ambas la distinguida cantante.

Mucho agradó el señor Sinico, quien desempeñó su parte con gran maestría, arrancando en una y otra noche estrepitosos aplausos. Cantó con gusto y vigor el dúo de tiple y tenor del primer acto y el del segundo que le valieron, así como á la señora Rossi, no pocas palmadas; pero en donde estuvo felicísimo fué en el ária del tercero, y sin embargo su voz no parecía que tenía la fuerza que ostenta en la *Sonámbula* y la *Lucía*, porque en los pasajes de gran ejecución no es dable cantar con el vigor y fuerza que en aquellos en que se deja, por decirlo así, tiempo al pulmón para aspirar aire suficiente para dar fuerza á la voz y sostener mejor las notas.

El señor Ley desempeñó bastante bien la parte de caricato: comprendió perfectamente el papel que desempeñaba, si bien no supo vestirse con la propiedad que exigía la época; pues en la edad media no se llevaba la capa y el sombrero del tiempo de Felipe II. Verdad es que también la señora Rossi adoleció de esto mismo defecto, es decir, de no vestirse con la propiedad que exigen los tiempos, pues sabido es que no se gastaban en la edad media ni aun en época posterior, vestidos descotados, sino cerrados hasta el cuello.

El señor Derivis y la señora idem estuvieron como siempre, es decir, que hicieron, aunque en vano, cuanto pudieron por agradar al público. No era muy apropiado para el señor Derivis el papel de médico, que

requiere mas ejecución y mas voz de la que tiene el primer bajo de la compañía.

Muchas personas de las que concurren con frecuencia al teatro Principal nos han manifestado su deseo de oír *El Barbero* en español, ya que la empresa ha decidido ponerlo en escena en esta misma temporada en beneficio de la prima donna. Y como según tenemos entendido, todos los cantantes saben mal ó bien el español, no se negarán á cantar, si se lo pidieran, en la lengua propia del argumento de *El Barbero*. Hágalo así la empresa que no le ha de pesar, pues no tendrá vacío el teatro en las noches en que se represente.

Ferro-Carriles.

En *La España* leemos:

«Todo progreso ha sido lento si bien se mira: todos, incluso la invención de la mayor velocidad, que ha conseguido darse á sí propio el nombre; incluso ese modo de volar humano que se llama viajar por ferro-carriles. Se necesitaba combinar para lograrle unas cuantas ideas, que se han ocurrido, y han estado como aguardándose unas á otras, con intervalos de siglos. Veámoslo.

En 1198 trabajaba un día en una callejuela de Lieja, un pobre herrero en forjar un hierro á duras penas. Pasaba á la sazón un venerable anciano, al parecer extranjero, de barba, cabello y vestido blancos; entra en conversacion con el pobre herrero, y se entera de que casi todo lo que gana lo necesita para comprar carbon y alimentar su fragua. Dicole el extranjero que le vá á proporcionar un carbon que no le costará mas que tomarle de la tierra; y allí bien cerca, en Flénu. Va allá el sencillo herrero, trae en el delantal un poco de tierra negra, la echa en la fragua, sopla y al momento se enciende... El gozo del herrero llegó á su colmo. Acababa de hallar el carbon de piedra... Celebraba su propia dicha: él no pudo saber el presente que habia hecho al mundo. Lieja

entera participó de ese bien, y el carbon mineral fué desde entónces el manantial de su industria y su riqueza. Del estrangero anciano, nadie volvió á saber. La pública gratitud le buscó por todas partes en vano. ¿Quién era? ¿De dónde venia? El origen de tan importante descubrimiento quedó sumido en el misterio. El manuscrito mas antiguo y muy deteriorado que cuenta este suceso, añade despues: «qu'il n'y a aucun doute á avoir sur ce mysterieux personnage, et, que c'était á coup sur un ang...» Las últimas letras están comidas por el tiempo. ¿El manuscrito decia «un ange» ó bien «un anglais»? Cada uno leera lo que le parezca. Siempre hay alguna diferencia de uno á otro. Aplicado á la fabricacion, pues, aunque en corta escala, siete siglos ha estado aguardando el carbon de piedra, ya descubierto, que la máquina de vapor viniera á pedirle auxilio para correr todos los caminos, y cruzar todos los mares.

Sigue en edad al descubrimiento del carbon de piedra, el del Ferro-Carril moderno, aunque uno y otro bien distantes. Pero en esto lo moderno, es la idea del empleo del hierro en el carril, porque los carriles de madera, aplicados á los mismos usos que aquellos, hace dos siglos que se conocen en las minas de New-Castle y en algun camino de Inglaterra. De mejora en mejora, se vino hácia 1770 á reemplazar la madera con el hierro, y á principios del presente siglo, se vió ya por último en el pais de Gales, y por la vez primera, un ferro-carril destinado al transporte de mercancías y viajeros. Pero el camino de hierro esperaba todavia el advenimiento de la locomotriz moderna, que habia de completarle.

No tuvo que esperar mucho. La idea de hacer producir movimiento á la fuerza expansiva del vapor y aplicarle á la industria, tambien es antigua. Los españoles sostenemos que la primer máquina de vapor fué ideada por nuestro compatriota don Blasco de Garay, que hizo de ella feliz prueba pública para mover doscientas toneladas sin auxilio de vela ni remo, en el puerto de Barcelona, en junio de 1543, en presencia del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II, monarcas ambos dignos de asistir al nacimiento de un gran poder, que, como ellos y mas que

ellos, habia de enseñorearse de la tierra. Los franceses nos disputan esta gloria, y segun ellos su compatriota Dionisio Papin fué el primero que tuvo esa idea hácia el fin del siglo XVII. Pero franceses y españoles tenemos que acusarnos de haber dejado caer en el olvido invencion tan grande, desconociendo su trascendencia. En Inglaterra fué, pais mas práctico, donde ó nació otra vez ese pensamiento que ya la Providencia habia enviado á dos hombres, ó fructificó mejor que en su cuna el de otras naciones. Newcomen, cerrajero ingles, inventó en su patria hácia 1693 la primer máquina en que se empleó el vapor como fuerza motriz. James Watt su compatriota, la mejoró de tal modo en 1764, que desde entónces es cuando la máquina pudo recibir sus aplicaciones mas importantes. Bien se presentian. A Bolton, asociado de Watt, al ser presentado á Jorge III para hablarle de la gran invencion, le dijo este: «¿Qué me traes?» Y Bolton respondió: «Señor, lo que mas gusta á los reyes: el poder.» Su formal empleo en la navegacion tardó algo todavia, y sin entrar en cuestiones sobre lo que á ello contribuyeron en distintas épocas los franceses Papin y de Jouffroy es lo cierto que al americano Roberto Fulton, corresponde la gloria de que al fin en 1807, el primer barco de vapor surcase las aguas del rio Hudson. El gran paso estaba dado. Pero la importantísima aplicacion del vapor á los carruages y al transporte por tierra no estaba lograda.

Stephenson construyó una buena máquina de vapor en 1814, y con ensayos hechos despues en Francia y mejoras tomadas de los ingenieros franceses, en 13 de setiembre de 1825 la admirable locomotriz de Stephenson se inauguraba á sí propia, é inauguraba á la vez el camino de hierro de Liverpool á Manchester.»

Baile en la Camorra.

El domingo último tuvo lugar en los salones de la Camorra el primer baile de máscaras de los que se han de celebrar en esta temporada. El local está bien preparado, con

elegantes adornos y con buen número de lucas. La concurrencia fué bastante numerosa, y salió complacida del buen orden, animación y franqueza que reinó durante el baile.

Esta noche se dará el segundo.

Miscelánea.

Un diario de Valencia refiere lo siguiente:

«Hablaban días pasados en un pueblo de esta provincia varios labradores sobre los perjuicios que les causaba la contribucion de consumos. Discurriendo sobre el bajo precio á que se vendia el vino, propuso uno de los presentes dar toda su cosecha á peseta el cántaro.

—Por una peseta, dijo otro, me arranco y una muela, y por un duro cinco.

—Y yo las pago, añadió un tercero en medio de la risa general.

El que tal proposicion habia hecho, miró á su interlocutor, registró con su lengua cuantas herramientas formaban en su boca, y al verse propietario de tres duros, saludó al concurso, diciendo:

—Adios, caballeros.

Un cuarto de hora despues se presentó en el corro con la cara imitando á un fuelle, las mandibulas presa de una inflamacion horrosa y quince muelas en la palma de la mano.

Sonó una estrepitosa carcajada al recobrase sus amigos del pasmo, y el que antes pagaba la muela á treinta y cuatro cuartos, se negó á dar tres duros por tan horrendo espectáculo.

El asunto se llevó ante el alcalde que, convencido de que el contrato habia sido una chanza, condenó con las costas al demandante. No paró aquí la funcion: este á su vez fué demandado por el rapista sacamuelas, quien graduando su trabajo á razon de cuatro reales por muela, obligó á la victima á que le pagara tres duros por su trabajo.

Quedóse, pues, nuestro hombre con su inflamacion por ganancia, si bien con la satisfactoria esperanza de poder encontrar el día del juicio todas sus muelas juntas.»

FUNERAL A UN VIVO.—Cuenta un diario barcelonés, que una jóven criada de una de las principales casas de aquella capital, sostenia sus relaciones amorosas por medio de cartas con un individuo del ejército, con el cual pensaba casarse tan luego como obtuviera aquol la licencia absoluta; pero como la ausencia suele ser el mejor antídoto contra el veneno del amor, el veterano sintió entibiarse el suyo, y las cartas que escribia á su amada, era ya mas bien por condescendencia que por amor; pues si bien se sentia ya retraido de contraer enlace matrimonial, no queria de ningun modo dar un pesar á la que con frecuencia le habia regalado; no obstante, como todo en este mundo tiene fin, sonó la hora en que el veterano militar cortó toda relacion con la jóven que le adoraba; ésta, no obstetete, se hizo cargo de lo caprichoso de la fortuna y quiso figurarse que el objeto de su amor habia muerto. De sus ahorros determinó hacerle el entierro y se fué á una parroquia para que celebraran un oficio de difuntos á intencion de la devota que pagaba, en cuyo funeral convidó á todos sus amigos y parientes, haciéndoles creer que en efecto su futuro esposo habia muerto; luego se hizo librar por el cura de la parroquia un certificado de haber hecho el funeral y lo remitió franco de porte por el correo al inconstante veterano para probarle que si bien se habian acabado los amores entre los dos, ella habia costeado sus funerales para el descanso del alma, cuyo cuerpo se habia retraido de enlazarse con ella. ¡No todas las mugeres harian otro tanto!